



Arriba, detalle modernista de la casa Francisco Garcés, de Enrique Nieto. Al lado, puerta art déco, estilo que sucede al modernismo en Melilla, y detalle del edificio de La Reconquista (1914), también de Enrique Nieto. Bajo estas líneas: dos

putti, angelitos sin alas, en la casa David Melul (1917), de Nieto. Cerámica vidriada de La Reconquista (1914) de Nieto. Detalle art déco en gris y blanco del antiguo cine Monumental (1930), del arquitecto Lorenzo Ros



A la izquierda, balcón mirador de la casa de David Melul (1917), la más espectacular de Nieto. Sobre estas líneas, bar El Caracol Moderno, en la calle García Cabrelles. Abajo, antiguo hotel Reina Victoria, hoy casa de Cristales, y detalle del palacio de la Asamblea (1944), antiguo Ayuntamiento, ambos obras art déco de Nieto. Al lado, edificio de estilo sezeession (1911) en la plaza de España



Melilla posee un impresionante conjunto modernista de 148 edificios, tantos como Madrid y sólo por debajo de Barcelona y Valencia

→ comunidad que más crece y la que tiene la llave del futuro. Y eso es así porque todavía existe el miedo al moro”, concluye. Para el constructor, propietario de un magnífico edificio (1934) de Enrique Nieto en la calle Teniente Coronel Seguí, “el problema es que nuestros políticos son cuatro empresarios que se lo reparten todo y no invierten en el futuro, confían en las transfusiones financieras desde Madrid y Bruselas”.

Otro de los problemas, apunta un empresario que prefiere no identificarse, señalando hacia un barrio en el que abundan las grúas y los edificios en construcción, “es el del dinero del blanqueo de la droga procedente de la costa marroquí. Entra por todas partes y está creando un paraíso artificial de riqueza sin fundamento que puede desmoronarse en cualquier momento”.

La huella de Enrique Nieto

Melilla posee un impresionante conjunto de 148 edificios modernistas igual que Madrid (148), superior en número al de ciudades emblemáticas de la Península como Terrassa (115) o Reus (92), y sólo por detrás de Barcelona (2.216) y Valencia (216). El arquitecto gaudinista Salvador Tarragó, actualmente presidente de SOS Monuments, fue el primero en documentarlo. Tarragó dio por casualidad con los soberbios edificios cuando realizaba su mili en 1968 y confiesa su reacción de gran sorpresa: “No podía imaginar encontrar en una ciudad del norte de África una concentración de modernismo tan rica”.

El último en catalogarlos ha sido Valentí Pons, que en su “Inventario general del modernismo” (marzo del 2007), atribuye 49 de ellos al prolífico Enrique Nieto Nieto, y el resto, mayoritariamente, a ingenieros militares formados en la academia de Guadalajara. Pons argumenta que “le contabilizo a Nieto sólo 49 edificios modernistas porque también proyectó en otros estilos, como el art déco”. Nieto firmó más de 1.000

proyectos en la ciudad, según el exhaustivo inventario de Antonio Bravo Nieto, “La ciudad de Melilla y sus autores” (1997).

Enrique Nieto Nieto fue un imaginativo y precoz arquitecto barcelonés que antes de partir hacia Melilla se movió entre los grandes del modernismo: tuvo como profesor a Domènech i Montaner, y como compañeros de promoción a célebres modernistas como Josep Maria Jujol, Rafael Masó o Josep Maria Pericas. Fue colaborador de Gaudí en las obras de la Pedrera desde 1906 hasta que partió a Melilla en junio de 1909. Tenía 25 años y acababa de recibir su título. Eran días de descontento social en Barcelona, con la guerra contra Marruecos a punto de estallar. El embarque de tropas hacia Melilla desencadenaría al cabo de unos días la desdichada Setmana Tràgica, en la que ardieron decenas de conventos e iglesias.

Irónicamente, las crisis provocadas en la Península por las guerras del Rif se traducían en Melilla en oleadas de bonanza económica. José Félix Martínez, propietario de uno de los más bellos edificios melillenses, regenta en los bajos de éste la droguería que fundó su abuelo en 1914, la Casa Vicente Martínez: “Los promotores de los edificios modernistas solían ser proveedo-

res del ejército que se enriquecieron durante las guerras del Rif. Mi abuelo y su socio le suministraban los desinfectantes para los cuarteles, especialmente el Zotal”.

Josefa Sanz Pepita, su madre, de 82 años, recuerda que “en la época de esplendor de Melilla, los desfiles y los carnavales eran más suntuosos que los de Tenerife”. El padre y el suegro de Pepita fueron comerciantes de peso, con cargos en la Cámara de Comercio y en múltiples instituciones civiles. Melilla vivió hasta la Guerra Civil su edad de oro, y la ausencia de otro periodo de bonanza desde entonces justifica que los edificios modernistas no fueran demolidos y se conserven en cantidad tan elevada.

Con la independencia de Marruecos en 1957, Melilla perdió sus fuentes de ingresos tradicionales: las minas del Rif, la pesca y la industria conservera. La entrada en la Unión Europea acabó con su privilegio de puerto franco, y la posterior supresión del servicio militar obligatorio dio al traste con toda la actividad económica que se generaba a su alrededor. Desde entonces, su fuente de ingresos son las subvenciones oficiales –con las que se financia la omnipresente obra pública– y la venta de productos europeos a Marruecos, un comercio con futuro si finalmente no es aniquilado por el gran puerto en proyecto en la vecina Nador.

Como alternativa, la ciudad autónoma invierte en el turismo europeo, al que ofrece su patrimonio arquitectónico, multiétnico y los viajes de aventura al desierto marroquí. Una apuesta a la que solamente le queda un problema por solucionar: las comunicaciones. Llegar a Melilla sigue costando demasiado tiempo en barco –seis horas– y demasiado dinero en avión –una media de 300 euros por billete, con escala en Málaga–.

El futuro de Melilla está en su buena articulación como ciudad bisagra entre Europa y África, y la ciudad lo busca con ahínco sumida en su propio vértigo.